

EL ANHELO IMPARABLE DE OTRO ESTILO DE VIDA

Una lectura social de la carta a los Romanos

Muchos movimientos humanos, tanto en sentido literal como existencial, han tenido y tienen como motor y dinamismo el imparable anhelo de otro estilo de vida. Las migraciones, los cambios sociales, los itinerarios personales, etc., buscan y creen que otra manera de vivir es posible. Estos movimientos desean un aire que no respiran sus pulmones, pero que creen que existe; rastrean la huella de otro camino que no andan, pero entienden que es posible dar con él; creen firmemente que hay para ellos un lugar en el mundo distinto al que habitan y se lanzan a su conquista. Estos profundos movimientos de la existencia están causados a la par, tanto por la insatisfacción de lo que se vive como por el anhelo de lo distinto entendido, claro está, como algo mejor.

De algo de esto vamos a hablar cuando emprendemos una lectura social de la carta a los Romanos. El escrito más maduro y sosegado de las siete cartas auténticas de Pablo (Rom, 1 y 2 Cor, Gal, Filp, 1 Tes, Film) contiene en el subsuelo el gozo enorme de haber percibido que otro estilo de vida es posible por la rehabilitación efectuada en la muerte salvadora de Jesús. Cuando Pablo ha comprendido esto, cuando lo ha ido percibiendo porque es un proceso, su vida ha quedado iluminada, reorientada. Sus más profundas paradojas e interrogantes personales, que Pablo no ha dejado de consignar a fuer de realista (Rom 7,14-25), han logrado encajar en el puzzle de su existencia.

Si el Pablo de Romanos se hubiera paseado por el Londres de finales de octubre de 2008 y hubiera leído en algunos autobuses que recorren la ciudad el eslogan: “Es probable que Dios no exista. Ahora, deja de preocuparte y disfruta de la vida”, probablemente habría retorcido el argumento. Quizá se habría dirigido a la escritora Ariane Serine como a quien se le ocurrió la idea y al escritor de fama Richard Dawkins mentor económico de la campaña: precisamente ése es el mensaje hondo de Jesús: la vida es el gran don a disfrutar y Jesús ha querido librarte de las enormes preocupaciones que lacran la existencia desde los albores de la humanidad. Es decir: el mensaje de Romanos o es liberador o no es nada. No es una carta religiosa con un mensaje para gente religiosa. Es un texto existencial, social incluso, con una palabra de ánimo para la persona, para la sociedad. La muerte y resurrección de Jesús contribuyen de manera decisiva a dar cuerpo al anhelo de otro estilo de vida, de un tipo de existencia nuevo, ya desde ahora.

Para muchas personas y colectivos que han experimentado fuertemente el anhelo de un estilo de vida distinto, la cruda realidad les ha hecho ver que su sueño era imposible. Y añadiendo una amargura más, definitiva, a su catálogo, han desistido ya de tal empeño. La carta a los Romanos, “el escrito más largo, mejor estructurado y con una inigualable riqueza y profundidad teológica de Pablo” (G. Barbaglio, *Pablo de Tarso*, p.176) leída también hoy, les anima a no dar por perdida la batalla, a no renunciar a su más profundo deseo, a mantenerse vigilantes y al acecho de esa aurora que anuncie como diría el mismo Pablo “un amanecer” (Hech 26,23), una nueva posibilidad que con-

firme que vivir en un estilo de vida nueva, satisfactoria, colmada, es, por imposible que parezca, una realidad al alcance de la mano ya desde ahora. Renunciar a estos grandes sueños, diría Pablo, no solamente es entenebrecer la existencia humana, sino abocarla a la ceguera. Dice E. Sábato: “No podemos olvidar que en estos viejos tiempos, ya gastados en sus valores, hay quienes nada creen, pero hay también multitudes de seres humanos que trabajan y siguen en la espera, como centinelas” (*La resistencia*, p.120). El texto paulino se constituye, hoy también, en medio de nosotros como un centinela que afirma con rotundidad que la espera de un nuevo estilo de vida, no es vana.

Nosotros propondremos como método de lectura de las cartas de Pablo el que podríamos denominar “lectura social”. Esta es un tipo de lectura que postula la conexión del imaginario bíblico y el social, que trata de utilizar lenguajes comunes para ambos campos, que activa la conciencia de pertenencia común tanto al ámbito creyente como al social, que trata de iluminar situaciones y que impulsa al lector en la línea de la humanización haciendo un esfuerzo explícito por leer con corrección los signos de los tiempos, que, finalmente, no descarta incidir en la modificación del hecho social dejándose interrogar por el mundo de las pobrezas (F.Aizpurúa, *To agapân allélous*, pp.297-345). Esto nos llevará a hacer hincapié en el sustrato antropológico y social de los textos como fundamentación de una espiritualidad que sea susceptible de ser utilizada por creyentes e, incluso, por no creyentes.

La figura y las cartas de Pablo de Tarso siguen conservando su capacidad inspiradora en este año 2008 que se quiere bimilenario de su nacimiento. Sus valores más hondos siguen siendo útiles a quien anhele, en este siglo nuestro, el horizonte de un estilo de vida nuevo. Como dice E. Lledó, “cada acto de lectura, de interpretación de lo que pensaron otros hombres, es espejo de lo que pensamos nosotros” (*El silencio de la escritura*, p.30). Ese espejo nos devuelve hoy la posibilidad real de caminar en estilos de vida nuevos, satisfactorios, humanos, disfrutantes.

1. Lectura sincrónica

La densidad sincrónica de nuestra lectura de Romanos es muy relativa, ya que, al ser esta carta la más “organizada” de Pablo, su esquema básico se presta a un tal tipo de lectura (Ph.Vielhauer, *Historia de la literatura cristiana primitiva*, p.193-194). No obstante, y como es propio de todo sincronismo, nosotros articularemos la lectura del texto desde la centralidad de la posibilidad de una nueva vida en el Espíritu, quicio existencial y creyente de Pablo y de éste su escrito.

Momento inicial: tomar conciencia

La pedagogía paulina es lineal y de “corte antiguo”. Para entender lo que se quiere proponer y sus decisivas consecuencias, es preciso, en primer lugar, caer en la cuenta de la situación existencial en que se mueve toda persona. Para Pablo “toda persona” son los judíos y los paganos, los dos bloques, en que, según su mentalidad, se dividen los pueblos de la tierra. Según esto, los paganos se hallan en una situación de precariedad existencial. Pablo lo dice a la manera judía: “están bajo la cólera de Dios”. Es decir, el sueño de justicia que Dios tiene sobre la historia deja sentenciados a quienes enmarcan su vida en la injusticia. Por eso, “se está revelando además desde el cielo la reprobación de Dios contra toda impiedad e injusticia humana, la de aquellos que reprimen”.

men con injusticias la verdad” (*Apokalyptetai gar orgê Theou ap'ouranou epi pasan asebeian kai adikian anthrôpôn tôn tên alêtheian en adidikia katekhontôn*: 1,18). Dios no puede aprobar la actividad de la injusticia. Según Pablo, Dios habría sembrado en la historia la capacidad para la justicia, pero algo ocurre puesto que esa capacidad no se activa. Y las consecuencias son nefastas. Recurriendo a las viejas y conocidas “listas de vicios”, Pablo describe la ruina en que se mueve la historia (1,24-31). Carga las tintas Pablo sobre la responsabilidad de la persona: “conocían bien el veredicto de Dios” (*“Hoitines to dikaiôma tou Theou epignontes”*: 1,32). Pero, en el fondo, más allá de cualquier pedagogía negativa y de ese afán religioso por salvar a Dios del desastre, la conclusión es clara: si el pagano ansía horizontes de vida, ha de encarar el problema de la justicia como requisito ineludible, ya que su situación real de vida está fuertemente mezclada a comportamientos injustos. Y esto no puede hacerse si no se tiene una aguda percepción y análisis de lo real.

Pero el hombre religioso, el judío, no se halla en mejor situación. No puede refugiarse en una pretendida inmunidad porque tiene de su lado la Ley. Precisamente por haber sido depositario de la promesa, tendría que haberse comportado en maneras creyentes, no meramente religiosas. La Ley no le ha llevado a la justicia, sino a un abandono del sueño de la justicia de Dios, a pesar de la enorme paciencia histórica de Dios. Más aún, se ha constituido en juez del pagano, aumentando así su perversión religiosa. La deducción es taxativa: “No basta escuchar la Ley para estar a bien con Dios, hay que practicar la Ley para recibir su aprobación” (*“Ou gar hoi akroatai nomou dikaioi para tô Theô, all'hoi poiêtai nomou dikaiôthêsontai”*: 2,13).

Y la conclusión global es clara: “Dios no tiene favoritismos” (*“Ou gar prosôpolêmψia para tô Theô”*: 2,11). Ambos, pagano y judío, han de tomar conciencia de su debilidad profunda si anhelan realmente un horizonte de novedad vital. A todos se les ofrece la posibilidad, pero este primer paso de toma de conciencia a niveles serios, más allá de la Ley y de la misma razón, es del todo necesario. Hay que sacar a flote “lo escondido” (*“Ta kripta”*: 2,16) porque ahí, en ese último pliegue del alma, se esconde la verdad de lo que la persona es. No se trata de que Dios quiera humillar a nadie, sino de que la persona perciba lo más vívidamente posible sus propios límites históricos, incluso sus incoherencias profundas, y sienta nacer en su vida la necesidad de confrontarse con el sueño de la justicia (ideal común para Dios y para la historia). De ahí brotará la posibilidad de soñar en un horizonte de novedad, en un estilo de vida radicalmente distinto por su fuerte componente humano, justo.

Momento segundo: núcleo

Puede ser que alguien, judío o pagano, acepte los presupuestos del análisis anterior. Pero, puede ser también que experimente, a la vez, un sentimiento de formidable impotencia: el sueño de la justicia es hermoso, el ideal de una vida nueva es fantástico, pero inalcanzable. Si se aceptan las limitaciones de la historia, los inevitables precios que hay que pagar al vivir, acceder a la justicia cumplida y vivir así en novedad de vida se presenta como realidad inasible.

Aquí viene la gran iluminación que Pablo ha tenido y que él quiere transmitir a los creyentes de Roma, a cualquiera que, benignamente, se vuelque sobre las páginas de Romanos. No se puede dudar que el judaísmo antiguo era una religión muy espiritual que anhelaba el encuentro con Dios. Pero, percibida la limitación y el pecado que alejan

al creyente de esa senda que va hacia Dios, el judaísmo, como toda religión, ha inventado un gran mecanismo corrector. Los judíos lo llamaban *yom kippur*, día del perdón. Los ritos pormenorizados de esta gran jornada penitencial vienen descritos en Lev 16. Se puede decir que, aun por encima de Rosh Hashana, es la fiesta que guardan todos los judíos, incluso quienes no son muy creyentes: “¿En qué consiste la apasionada observancia de una festividad que sigue ejerciendo su influjo sobre los judíos, aunque se trate de individuos que han perdido todos los vínculos con su pasado y su tradición?” (H.Wouck, *Este es mi Dios*, p.85). Los pueblos antiguos utilizaban los pactos de sangre para firmar alianzas. Esa clase de firmas era inviolable. ¿Cómo renovar cada año la “firma” de la alianza que los días, y sus debilidades, amenazaban con hacer desaparecer? Aquí viene la ayuda del rito: el sumo sacerdote (único oficiante en el día del *yom kippur*) untaba con la sangre de un macho cabrío sacrificado la placa de oro que cubría el arca de la alianza, signo de la presencia de Dios en el templo. Esa placa se llama *kappôret*, en griego *hilastêrion*, en castellano *propiciatorio*. Uniendo la sangre de la víctima, el anhelo del perdón, con la placa, signo de la presencia de Dios, se pensaba que se volvía a renovar la alianza. Lo más frágil de este rito es que resulta preciso renovarlo constantemente, anualmente, sin llegar nunca a tener la seguridad total de que Dios aceptara ese tipo de pacto. Pero el anhelo de caminar en su senda hacía que se repitiera, fervientemente, cada año.

Pues bien, Pablo ha vivido creyentemente tal rito anual. Y, en un momento dado, su interior se ha iluminado: ha comprendido que lo celebrado en el rito, en el anhelo, se daba históricamente, realmente, palpablemente, en la persona de Jesús. Dios ha venido en socorro de la estructura humana envuelta en imposibilidad existencial poniendo a Jesús como *kappôret* y como *víctima*: “Dios nos lo ha puesto delante como propiciatorio donde, por medio de la fe, se expían los pecados por su propia sangre” (“*Hon proetheto ho Theos hilastêrion dia pisteôs en tô autou haimati eis endeixin tês dikaiosunês autou dia tèn paresin tôn progegonotôn hamartêmatôn*”: 3,25). En él se ha verificado el verdadero perdón de Dios; en él se ha renovado la alianza a perpetuidad; en él se tiene la seguridad de que el futuro puede ser patrimonio de los humanos, de la historia, y que el sueño de una vida nueva, enmarcada en la justicia, no es una fantasía, sino una posibilidad realmente a la mano. Esa es la “amnistía” (“*dikaiosunê*”: 3,21) que Dios ha dado a la historia, “a todos sin distinción” (“*Eis pantas*”: 2,22b), amnistía por la que se borra hasta el historial delictivo, de tal manera que no queda rastro de culpa en el trasfondo de la existencia. Aquí la “generosidad de Dios” (“*Tê autou khariti*”: 2,24) no es un simple don, sino una reorientación de las bases de la historia. Este mecanismo de alianza definitiva funciona por la sangre, la existencia entregada de Jesús. Y el creyente lo vuelve a hacer funcionar no por un mecanismo ritual, sino “por medio de la fe” (“*Dia pisteôs*”: 2,25). La fe en el sueño de Dios, la justicia cumplida (no se trata de una fe religiosa), un comportamiento justo entronca con la justicia de Jesús y así, mediante ella, se reproduce el mecanismo salvífico: la historia está orientada y el anhelo de una vida nueva empieza a hacerse realidad.

No ha de extrañar que este “descubrimiento” llenara de luz la vida de Pablo y la de otros muchos creyentes que han comprendido (desde Marción hasta Barth), igual que Pablo, que la entrega de Jesús activaba la posibilidad de construcción de una vida en justicia, una realidad nueva, una historia distinta. “La vida de Jesús es el lugar de la historia cualificado por Dios para la reconciliación, el lugar de la historia que Dios ha humillado y ensalzado con miras a la reconciliación: ‘Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo’ (2 Cor 5,19). El reino de Dios se ha aproximado en este lugar.

Tanto se ha aproximado que se podría notar precisamente aquí su venida, su fuerza y significación redentora; tanto se ha aproximado que difícilmente se podría desconocer justo aquí que Dios habita entre los hijos de los hombres, que habla con ellos, que quiere llamar al mundo a la paz; tanto se ha aproximado que precisamente aquí la fe *debería* imponerse como una necesidad imperiosa” (K.Barth, *Carta a los Romanos*, p.154). Pero no se trata de imponerse, sino de percibir simplemente que, con Jesús, el amor del Padre sella definitivamente su decisión de acompañar la existencia humana y de abrirle a posibilidades nuevas que, no por ignoradas, dejen de estar ahí. Más que de reconciliación, de pecado, de lo que se trata es de posibilidad, de amparo, de horizonte, de respiro.

Momento tercero: decisivas consecuencias

Este dinamismo desencadena, inmediatamente, una serie de consecuencias decisivas respecto a las grandes ataduras que impiden el acceso a un tipo de existencia nueva. La liberación brota de la nueva solidaridad que se establece en Cristo. Es un tipo de solidaridad que no contrarresta únicamente la pérdida estructural que se dibuja tradicionalmente como el pecado adámico, sino que sobreabunda en una generosidad desbordante: “Donde proliferó el pecado sobreabundó la gracia” (“*Ou de epleonasen hê hamartia, hypereperisseusen hê kharis*”: 5,20b). Pues bien, las dos primeras liberaciones, ambas entrelazadas, que desata la rehabilitación efectuada en la entrega de Jesús son la liberación del pecado como estructura que atenaza la existencia, más que como falta religiosa y, con ella, la liberación de la muerte. El argumento es simple: Cristo murió al pecado de una vez para siempre y vive para Dios. “Lo mismo vosotros: teneos muertos al pecado y vivos para Dios” (“*Houtôs kai hymeis logizesthe heautous einai nekrous men tê hamartia zôntas de tô Theô en Kristô Iêsou*”: 6,11). Es decir, según Pablo es mucho más interesante la vida que el pecado, la salud que la culpa, la posibilidad que los precios de la conquista.

La tercera de las grandes liberaciones es la que atañe a la Ley. Para Pablo es una realidad caduca y perjudicial porque, según él, es la ley la que azuza a la transgresión: “El pecado, tomando pie del mandamiento, provocó en mí toda clase de deseos” (“*Ap-hormên de labousa hê hamartia dia tês entolês kateirgasato en emoi pasan epit-humian*”: 7,8). Es cierto que “la Ley es santa y el mandamiento justo y bueno” (“*Hôste ho men nomos hagios kai entolê hagia*”: 7,12). Pero algo que estaba destinado a la humanización de la existencia, por mor de la norma, ha llegado a ser un peso insostenible. Puede decirse que el judaísmo y Jesús tienen idénticos anhelos espirituales. Pero el camino elegido para conseguirlo ha sido diametralmente opuesto. La religión ha tomado el camino de la norma, el Evangelio el del amor a la persona. Por eso, la Ley como camino de vida deja un rastro en la persona que la aspiración a estilos de vida alternativos parece, a veces, casi imposible. El mismo Pablo expone esta situación personal con unos acentos verdaderamente dramáticos (7,14-25). Liberándose de la ley se es “de otro...fecundos para Dios” (“*Eis to genesthai humas heterô...hina karpophorêsômen tô Theô*”: 7,4b). Queda así despejado el campo para poder entrever la posibilidad de un estilo de vida alternativo que suponga un profundo respiro a quien anhela la vida. Es preciso tener en cuenta que Pablo no describe aquí una serie de argumentos teológicos, sino su propia experiencia creyente. Él ha vivido esto que escribe y, al final (no olvidemos que Romanos es la última de sus cartas), plasma reflexivamente lo que ha sido el sostén de su existencia.

Momento cuarto: una nueva vida

Ahora se puede pensar en la posibilidad de una nueva vida, de una realidad histórica distinta, de un verdadero amanecer para quien ansía vivir. Lo que pudiera parecer imposible, cobra realidad y se perfila como posible. La existencia ya no queda normada por “los bajos instintos”, sino por el Espíritu. De acuerdo con 1 Jn 2,16, los bajos instintos son “los bajos apetitos, los ojos insaciables y la arrogancia del dinero” (“*Hê epithymia tês sarkos kai hê epithymia tôn ophthalmôn kai hê alazoneia tou biou*”). Es decir: la inhumanidad que anida en el fondo, la avaricia que lleva a desentendimiento del otro y las estructuras económicas opresoras que no cambian la situación de favor de la que goza el prepotente. De acuerdo con la mecánica de la serie, es justamente este tercer elemento el que debe primar. Por eso, volviendo a Pablo, la posibilidad de una vida nueva, en justicia, es “lo propio del Espíritu” (*Hoi de kata pneuma ta tou pneumatou*: 8,5). A eso es a lo que debe tender quien anhele un nuevo horizonte para su vida.

¿Es esto posible? Lo es, según Pablo, por causa de la entrega de Jesús. Ésta es la que hace posible la realidad de una existencia nueva porque, para el apóstol, la generosidad del Padre en la mediación de Jesús ha hecho que la persona, la historia, herede el mismo horizonte de vida que ha tenido Jesús. “Si somos hijos, también herederos” (“*Ei de tekna, kai klêronomoi*”: 8,17). No hay distancia entre lo suyo y lo nuestro, su triunfo puede ser el nuestro, su logro también es el nuestro.

Notemos que en esta clase de razonamientos no entra directamente la cuestión religiosa, sino la adhesión a un Jesús que se entrega a la historia. Por eso mismo, lo que se dice de él, también se dice de toda persona que se entrega a la vida. Quien tal hace, está abriendo posibilidades de historia alternativa, se sepa o no, se le reconozca o no. Es decir, lo que nos desvela la vida y muerte de Jesús es el mecanismo que ya existe y que proviene del querer del Padre. Este mecanismo es que cualquier entrega es rehabilitadora, en mayor o menor grado, y que por ellas se entrevé la posibilidad de una vida alternativa. O de otra manera: la alternatividad no va a venir por vía de estrategias económicas o sociales sino que, a través de ellas, vendrá por el afán de vivir en maneras distintas, humanas, generosas, confiadas, compartidas.

Momento quinto: consecuencias para la comunidad

No pensemos que, para Pablo, esto es mera teoría. Ya hemos dicho que en Romanos se plasma la experiencia histórica, personal, del apóstol. Y como para él la gran pasión de su vida (quizá “por delante” de la evangelización y de la del mismo Jesús) ha sido la comunidad, no ha de extrañar que este proceso rehabilitador que, según él, efectúa la muerte de Jesús sobre la historia se plasme en estilos comunitarios de vida. O sea: el nuevo estilo de vida al que aspiran muchas personas encaja bien en el pensamiento paulino cuando ese nuevo estilo es comunitario. Pablo estaría de acuerdo con el conocido pensamiento de León Felipe: “Voy con las riendas tensas y refrenando el vuelo porque no es lo que importa llegar solo ni pronto, sino llegar con todos y a tiempo”. Por eso en la segunda parte de Romanos (que algunos califican de “moral”) desgrana minuciosamente las consecuencias que la rehabilitación de Jesús tiene para la comunidad y el nuevo estilo de vida al que empujan.

Ese nuevo estilo tiene un denominador común indiscutible: el amor. Cualquier actuación comunitaria, cualquier plan de vida que se pretenda, o está anclado en el amor o no es nada. Como la obra de Jesús, ese amor es el “culto auténtico” (“*Tên logikên*”).

latreian: 12,1), el que Dios ha demandado a Israel desde los tiempos antiguos (cf Is 5,1ss). De ahí que acuñe taxativamente: “el amor sin ficciones...rivalizad en la estima mutua...a nadie le quedéis debiendo nada fuera del amor mutuo” (“*Hê agapê anupokritos...tê timê allélous proêgoumenoi...mêdeni mêden opheilete, ei mê to allélous agapan*”: 12,9.10; 13,8a). Es un amor que ha de cobrar el rostro de lo concreto. Por eso Pablo no tiene a menos tratar cuestiones de vida comunitaria que nos parecen nimias: “Hay quien tiene fe para comer de todo; otro, en cambio, que la tiene débil, come sólo verduras” (“*Hos men pisteuei phagein panta, ho de asthenôn lakhana esthieî*”: 14,2). El principio que Pablo maneja cuando la vida comunitaria se complica a causa de la diversidad, es claro: “Nosotros los robustos debemos cargar con los achaques de los endebles” (“*Opheilomen de hêmeis hoi dynatoi ta asthenêmata tôn adynantôn bastazein*”: 15,1a). El débil puede que no sea santo, pero es débil y, por esa razón, merece que el plan de vida común lo tenga en cuenta.

El resumen de todo es claro: “Esmerémonos en lo que favorece la paz y construye la vida común” (“*Ara oun ta tês eirênes diôkômen kai ta tês oikodomês tês eis allélous*: 14,19). Es decir, los planes comunes han de prevalecer sobre los individuales. O mejor, éstos encuentran su ganancia en el proyecto común. Por eso mismo, cuando se habla de un horizonte nuevo, de un estilo de vida alternativo, Pablo está pensando en planes comunes, sociales, más que individuales.

2. Lectura antropológica

Hemos ido dando algunas pinceladas que, ahora, puestas de manera unificada nos pueden dar a entender que, aunque el horizonte de Pablo apunta a lo comunitario, también la estructura personal queda reorientada por el principio rehabilitador de la muerte y resurrección de Jesús.

- *La honradez con lo real*: La expresión es propia de Jon Sobrino (*Espiritualidad del anti-imperialismo*) y alude a la necesidad de admitir esa estructura personal honda que nos hace ser malos aun anhelando lo bueno. “Más en concreto, se trata de readmitir en nuestro pensar lo que antes se quería decir -a veces de muy malas formas- con la expresión “pecado original”: los seres humanos no superamos nuestras tendencias pecaminosas, aunque ocurran cosas buenas”, dice Sobrino. Admitir lo real no significa negativizar la realidad histórica o generar una mentalidad oscurantista y retrógrada. Es percibir lo que hay, no solo las posibilidades, sino también ese misterio de inhumanidad que nos compone. Y, una vez percibido, entrever que existen posibilidades de ir saneando ese estrato último de la estructura humana y generando, a partir de ahí, estilos de vida nuevos.
- *La vieja voz de la conciencia*: Es un *topos* cultural que ya no se lleva. Pero, salvo patologías, la conciencia nos dice con acierto mucho de la realidad de lo que somos por dentro, cuando no hay que justificarse ante nadie. Pretender generar estilos de vida nuevos desoyendo la voz de la conciencia que nos impulsa a mirar en dirección a la estructura honda de lo que somos y a la razón de nuestros comportamientos es casi imposible. Por eso mismo, un indicio de que los caminos alternativos son positivos es verificar su adecuación a las exigencias de la conciencia. Hay que superar el chantaje que se hace la persona a sí misma cuando sitúa su vida en un no querer saber, en un dejarse llevar por lo más primario sin preguntar nunca por las raíces de lo que somos y vivimos.

- *El demonio de la culpa:* Es, como dice, A. McSweeney uno de esos “siete demonios” que cohabitan con la existencia humana, ya que la culpa es anterior al hecho religioso, aunque éste quizá haya aumentado más ese sentimiento. Es preciso trabajar por exorcizar el demonio de la culpa. Porque la estructura humana puede ser limitada, estar incluso herida, pero no tiene por qué estar culpabilizada. “Una variación favorita de este tema, particularmente querida por ciertos líderes de la Iglesia, es demonizar alguna categoría de personas, la sociedad o los tiempos en general, o alguna clase particular de personas tales como la juventud. Como el propietario de un campo en el que se han sembrado malas hierbas, ellos están siempre dispuestos a exclamar: ‘Un enemigo lo ha hecho’” (A. McSweeney, “Siete demonios”, p.1). Ni culparse, ni culpar. Si este arraigado mecanismo no se controla, pretender estilos de vida amasados en la novedad es un imposible.
- *Lejos del temor:* El temor es un asociado de la culpa. Para el pensamiento evangélico es lo opuesto a la fe. De ahí que Jesús frecuentemente diga a sus discípulos “No temáis”. La posibilidad de generar estructuras personales que abran a estilos de vida alternativos se paraliza y se esfuma con el temor. Es preciso asumir dosis explícitas de valor, de audacia, de riesgo incluso para tener controlado al temor. “Ser feliz es percibirse a uno mismo sin temor”, decía W. Benjamin. Parece una obviedad, pero es del todo cierto. De manera estremecedora lo dijo J. L. Borges en su conocido poema “Remordimiento”: “He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer. No he sido feliz. Que los glaciares del olvido me arrastren y me pierdan, despiadados. Mis padres me engendraron para el juego humano de las noches y los días, para la tierra, el agua, el aire, el fuego, los defraudé. No fui feliz. Cumplida no fue su joven voluntad. Mi mente se aplicó a las simétricas porfías del arte, que entreteje naderías. Me heredaron el valor. No fui valiente. No me abandona. Siempre está a mi lado la sombra de haber sido un desdichado.” La construcción de un valor de fondo, de una audacia elemental es el primer paso para que brote, como un nuevo día, la posibilidad de un estilo de vida distinto.
- *La fragilidad del andamiaje normativo:* Es, efectivamente, un andamiaje frágil para ponerlo como base de la estructura personal. La norma está al servicio del sistema y éste abandona a la persona cuando ya no le interesa, cuando le ha exprimido todas sus posibilidades. Entonces la persona que se había asentado en la norma, al ver que se le abandona, se derrumba. Aspirar a estilos de vida nueva postula no caer en el espejismo del andamiaje normativo porque, por fuerte que aparezca, anida en él una gran debilidad: no le interesa la verdad de la persona, sino el provecho del sistema. Pablo, una persona troquelada en la norma, ha llegado a la conclusión de que el abandono de lo normativo como estructura básica de la persona era requisito imprescindible para aspirar a cualquier tipo de vida en novedad.
- *Estructuras personales abiertas:* Son necesarias para generar estilos de vida alternativos. La persona tiende a volverse sobre sí misma, sobre todo cuando el dolor hace mella en su interior. Pero la capacidad del ser humano de replegarse sobre sí mismo, su autoconciencia, las relaciones entre el yo y su cerebro, etc., pueden tener un tratamiento abierto, aquel que brota cuando se percibe al otro no como un “infierno”, al decir de Sastre, sino como una posibilidad. Es entonces

cuando se pueden generar maneras de vida personal abierta capaz de albergar proyectos de vida nuevos que engendren vida. Toda la espiritualidad comunitaria que Pablo vierte en sus textos no es sino la comprobación de su estructura personal abierta, más allá de cualquier limitación.

3. Lectura social

Podría parecer que un texto tan “espiritual” como Romanos no tiene aplicaciones a la sociedad, a las actividades “políticas”. Pero en realidad, como dice J.Taubes, “se puede leer la carta a los Romanos como legitimación y formación de una Nueva Alianza social, la *ecclesia* en devenir, frente al imperio romano, de una parte, y, de otra, frente a la unidad étnica del pueblo judío” (*La teología política de Pablo*, p.110). Esa Nueva Alianza social incluye todo el devenir de la sociedad. De ahí que las derivaciones sociales de la carta sean pertinentes.

- *La actualidad de la batalla por la justicia*: Hay muchas personas que piensan, siempre desde el lado de los fuertes y acomodados, que la batalla por la justicia es tema pasado de moda, que huele al trasnochado mayo del 68. Pero viendo los datos que nos ofrece la sociedad más bien uno estaría tentado de pensar lo contrario: hoy más que nunca es necesario plantearse de frente el tema de la justicia. Si esto no se propone con crudeza, el tema de la justicia personal a la que Pablo hace requisito necesario para suscitar nuevos estilos de vida, se diluye y difumina. A gran nivel, vemos que la crisis económica mundial suscitada por la avaricia de los poderosos no tiene visos de solución porque los remedios para paliarla los proponen quienes la han causado, sin que les tiemble la mano ante las consecuencias decisivas en la vida de los débiles que no han tenido ni arte ni parte en el asunto. A nivel más local, el informe FOESSA de 2008 sobre la situación económica de España constata que los índices de desigualdad y de pobreza se mantienen constantes en nuestro país a espaldas del proceso de extraordinaria generación de riqueza de los últimos diez años. ¿Qué quieren decir estos datos? Que el logro de una justicia personal que sea la base de estilos sociales de vida alternativos pasa por la más elemental justicia social. Si no, es pretender lo imposible. Interesarse por la espiritualidad de Romanos sin hacerlo por la justicia social es situarse en superestructuras que no aportan luz al camino humano.
- *Contra el sentimiento de impecabilidad hacia el otro*: En nuestra cultura moderna el ciudadano medio no tiene la impresión de que su *modus vivendi* afecte a las situaciones sociales y económicas de los más desposeídos de la sociedad. Hay un sentimiento de impecabilidad ante la situación del otro. Juan Pablo II hablaba en sus escritos de esta realidad en términos muy fuertes: “pecado inaceptable”, “escándalo gravísimo”. En NMI 50 se pregunta: “Nuestro mundo empieza el milenio cargado de contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando a millones y millones de personas no sólo al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana. ¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental, quien no tiene techo donde cobijarse?” ¿Cómo es esto posible? Porque una parte de la sociedad ha acaparado las fuentes de energía, de riqueza y los sistemas de producción y venta. El resto queda a verlas venir. Suscitar la

responsabilidad social ante el otro no es generar sentimientos de culpa. Es dar cuerpo histórico a la evidencia de que “todos pecaron”, como dice Pablo, de que no podrán brotar estilos de vida nuevos mientras no se acepte la parte de responsabilidad, de “pecado”, que la persona del mundo rico tiene en relación con las otras zonas del planeta. Personalizar esto, moralizarlo, llevarlo a una dimensión cotidiana es de todo punto necesario para pensar en caminos nuevos.

- *La hermosura de un horizonte meramente histórico:* La espiritualidad de Romanos es perfectamente encajable con un horizonte histórico. No es imprescindible, cuando se habla de estilos de vida nuevos, pensar en maneras específicamente religiosas. Se trataría de maneras de vivir compartibles por creyentes y no creyentes, siempre que a ambos les asista el denominador común de lo humano. Quizá para ello sea necesario el cultivo de una trascendencia intrahistórica, una trascendencia que, como dice T. Queiruga, se realiza en la máxima inmanencia. Desde el lado de la experiencia religiosa, siempre se ha creído que la trascendencia, valor insustituible en el hecho creyente, había de ser extrahistórica, fuera del marco de la historia, en un más allá que se prometía como definitivo, dando a veces la espalda a un más acá que se consideraba perecedero y, por lo mismo, de muy relativo interés. Pero una lectura más antropológica y social de los textos neotestamentarios nos ha hecho ver que es justamente en la historia donde Dios ha puesto su morada y donde se revela. De tal manera que la realidad que en el lenguaje religioso se conoce como “cielo” se funde con las entrañas mismas de la razón histórica. Por eso, se ha venido elaborando la certeza de que Dios se encuentra en la profundidad, como decía P. Tillich, y que, por lo mismo, es preciso trascender en la dirección del fondo de la historia, no hacia fuera de ella. En esta orientación se puede confluir con la espiritualidad laica, ya que a ésta se le demanda justamente hacer un camino similar: ahondar en la realidad para encontrar el sentido. Ambos, el creyente y el laico, son caminos confluyentes no en la percepción religiosa cuanto en el cimiento histórico de sus relativas experiencias vitales. Si esto es así, es posible intuir que los dos caminos salen enriquecidos: el creyente porque da con el lugar más vivo de la revelación que se esconde en el fondo de la vida, el laico porque ahonda en el sentido de su experiencia histórica situándose en sus raíces antropológicas e históricas más fundamentales.
- *Las entregas sociales como profecía de alternatividad:* Porque es preciso llegar a dar cuerpo a la profecía que apunta a lo alternativo. Y una manera de darle cuerpo es entrar por las sendas de las entregas sociales, de lo que hoy llamamos voluntariados. Esos caminos dibujan plásticamente el anhelo de un estilo de vida distinto que anida en la espiritualidad paulina. De no ser en la ficción, cambiar la órbita del planeta es inimaginable, ya que si hay algo que nos parece fijo es, desde los albores de la creación, el sempiterno camino de los astros en el para nosotros aún inescrutable entramado del cosmos. Sin embargo, hay personas empeñadas en cambiar la órbita de nuestro planeta, no la órbita cósmica, sino la humana. Porque del mismo modo que el planeta gira a piñón fijo alrededor del sol, también a muchos les parece que el camino humano gira en la invariable órbita de la insolidaridad. Esos que hoy se empeñan en corregir la órbita humana de la tierra se llaman *voluntarios*. Seguro que si se les dijera que su objetivo era hacer esos increíbles cambios de órbita pensarían que la cosa no va con ellos. Pero algo de eso contiene la utopía que sostiene su trabajo: “(Los voluntarios) se sumergen a diario en este caos como vanguardias de una acción que busca,

desde el contacto con la inocencia, metamorfosear el sentido del planeta” (V. Verdú, *Inocentes*, p.62). Lo que sí es cierto es que el mundo, sin los voluntarios, sería más frío, más oscuro y más inhabitable. Estos son los caminos que pueden abrir a la esperanza de ver brotar maneras de vida distintas, más cargadas de humanidad y de futuro.

- *Pasión por lo común*: No es posible que surjan estilos de vida nuevos y con futuro si no están alimentados por la pasión por lo común. La vida de Pablo, como se ve en la segunda parte de Romanos, ha tenido como eje esa pasión. La pasión por lo común es algo más que un pensamiento meramente colectivista. Es percibir el mecanismo humano (y evangélico) de que cuando todos ganan, yo también gano y nunca al revés. Para ello es preciso haber pasado “a la orilla del otro”, a la ribera de la comunidad. Mientras uno permanezca en la orilla propia, en la certeza de que si él funciona no le interesa cómo vaya el resto, no habrá forma de engendrar estilos de vida nuevos con arraigo social.

4. Lectura espiritual

La lectura de Romanos con su certeza explícita de que es posible un nuevo estilo de vida se caracteriza por una profunda libertad personal y por un componente comunitario que lleve a planes de vida susceptibles de ser asumidos por la sociedad, postula, además, unos componentes espirituales que podemos señalar:

- *El control del mecanismo religioso*: Ya que, siendo en sí algo bueno, la religión, sin control, tiende a ocupar el centro de la experiencia espiritual desplazando a la misma fe. Cuando esto ocurre, la vida nueva se imposibilita y se vuelve a las viejas cadenas de la opresión social mediante el peor de los argumentos, el religioso. La espiritualidad que dimana de Romanos es aquella que pretende la implantación del reino en la historia, apuntando a un cambio de estructuras históricas hondas. Es una espiritualidad asentada, en definitiva, sobre el sermón de la montaña, ya que apunta a la dicha y a la bienaventuranza, más que al sufrimiento y al pecado. Una espiritualidad de valores decisivos: la certeza de que el camino humano es un camino acompañado y que, por lo mismo, no estamos destinados al olvido; el mantenimiento de una perseverante utopía que cree en un futuro que está por hacerse y que dejará ver que todas las promesas que se han recogido en la historia estaban llamadas a ser cumplidas; la seguridad de que la vida puede ser cada día nueva por el amor entregado hasta llegar a una plenitud que hoy la historia no puede sino simplemente barruntar. Pablo cree que así se supera el horizonte del mecanismo religioso y se neutralizan sus efectos negativos. Este control es condición indispensable para que brote la posibilidad de una experiencia creyente nueva.
- *Aliados de la existencia*: Eso son el Padre y Jesús, aliados de nuestra existencia y los más interesados en que brote lo nuevo. La percepción de Dios como “enemigo” de la vida tiene que ser superada, en los mismos creyentes, para que surja la certeza de que es un Padre quien nos acompaña y que, como dice Pablo, llega a compartir con nosotros la herencia de Jesús. El cambio de paradigma en la comprensión de Dios es requisito ineludible si se desea lo nuevo. Es el fin del “Dios separado del mundo”: “Es evidente que se impone una inversión radical. Dios no tiene que venir al mundo, porque ya está siempre en su raíz más honda y

originaria; no tiene que intervenir, porque su acción es lo que está sustentando y pro-moviendo todo; no acude e interviene cuando se le llama, por que es Él quien desde siempre está convocando y solicitando nuestra colaboración” (T. Queiruga, *Fin del cristianismo premoderno*, p.25-26). Es la imagen de “grandes compañeros” la que es preciso aplicar a Jesús y al Padre. “Sin forzarnos jamás, pero infinitamente interesado en nuestro destino, Dios nos apoya y acompaña. Se alegra de nuestras alegrías, que son las suyas; lucha en nosotros y con nosotros contra nuestros fracasos, que también son los suyos; y aguanta, finalmente, nuestras rebeldías, porque, queriéndonos a nosotros, no puede dejar de respetar nuestra libertad, aunque nunca se resigna y siga, para nuestro bien, llamando y esperando a nuestra puerta” (T. Queiruga, *Recuperar la creación*, p.101). Así lo ha vivido Pablo con una certidumbre tal que sin la compañía del Padre y de Jesús pensar en caminos nuevos de experiencia creyente es imposible.

- *Una religión que apunta a la dicha:* Así lo ve Pablo porque, de lo contrario, ¿cómo proponer la posibilidad de un estilo de vida nuevo, respirable, esponjante, ilusionante, sin el horizonte de la dicha? Al cristianismo le resulta más fácil hablar del sufrimiento que de la alegría. Si se suprimiera aquel y sus derivados, los teólogos irían al paro. Porque, según el dicho popular, todo lo bueno o engorda o es pecado, llegando a la conclusión de que lo que nos agrada a nosotros le desagrade a Dios. No se ha construido una teología del placer y de la alegría (con frecuencia ni está en los diccionarios teológicos esta clase de conceptos). Se ha puesto la felicidad en el otro mundo; el creyente se cansa de esperar. Jesús habla de la felicidad hoy (Mt 11,5; Lc 7,28). La reiteración del término *makarios* (50 veces) viene a decir que la reacción correcta ante la propuesta del reino es la dicha (Mt 13,44; Lc 19,6-10). Las bienaventuranzas son una propuesta de alegría para los excluidos de hoy. El abandono de esta orientación elemental ha llevado al cristianismo a una situación sin salida. ¿Por qué el pesimismo religioso? Porque la religión se ha unido a los estados de pobreza; con el bienestar, retrocede. No se ha sabido ver en la experiencia creyente una posibilidad de sentido que podría ser compatible con cualquier bienestar. La Iglesia ha tenido sus razones para insistir en el sufrimiento: ha vivido una pastoral del miedo, que es una forma sutil, pero profunda, de mantenerse en el poder sobre el otro, sobre su conciencia. No ha podido elaborar una espiritualidad de la felicidad, sino de cumplimiento de códigos. ¿Qué futuro tiene la experiencia cristiana? Si seguimos manteniendo que dicha y cristianismo hoy son poco compatibles, el futuro es poco. Alejarse de la espiritualidad del gozo es desfigurar lo que Jesús representa para la humanidad. Por eso, el futuro del cristianismo está ligado a un mensaje de felicidad y de bienaventuranza. Para lo cual: abandono del Dios violento; abandono de la ética de obligación sustituyéndola por la de necesidad; abandono de la espiritualidad del dolor y del sacrificio por la de la felicidad. Es preciso elaborar una mística de la felicidad: una felicidad que se construye, que apunta sobre todo a los otros, que no se impone sino que se contagia. (Mi rara religión para insatisfechos, 59-74).
- *La confirmación de cualquier senda humana:* Eso es lo que hace Jesús y san Pablo lo ratifica. Cualquier camino de humanidad queda corroborado por la vida y la oferta evangélica de Jesús. No se trata de bautizar a nadie, sino de confirmar los caminos humanos con el mismo Evangelio. Es en esas sendas donde puede brotar un estilo nuevo de experiencia cristiana. Jesús revela el rostro de Dios en

las sendas humanas. “Jesús es Dios en su sencilla y compartida humanidad. Su vida misma es la Buena Noticia. Por su estilo humilde sabemos dónde está la verdadera grandeza de Dios. Por su cariño al pecador arrepentido conocemos el sentido de la santidad divina. En su compasión por todo el dolor, en su alinearse al lado de los pobres, en su defensa de los maltratados, marginados y oprimidos, se nos abre la actitud definitiva de Dios para el hombre y su intención al ponerlo en el mundo. Desde su aparición entre nosotros, cuando alguien se siente abrumado o inquieto frente al misterio sobrecogedor de lo divino, tiene delante de sí una vida clara y fraterna donde ir leyendo con humildad y confianza la respuesta segura y definitiva” (A. TORRES Q., *Repensar la cristología*, Madrid, pp.19-20).

- *La comunidad, profecía de novedad*: Pablo cree que la profecía de un estilo de vida nuevo radica más en la comunidad que en el individuo aislado. Por eso, el trata de traducir su fuerte experiencia creyente en estilos de vida comunitaria sencillos, cotidianos. Cree en el valor de los gestos colectivos humildes, más que en los grandes planteamientos personales tentados siempre de individualismo. De ahí que la comunidad sea para él el marco casi único de lo nuevo. “No hay verdad cristiana fuera de la comunión personal de hombres y mujeres que creen en Jesús y expanden su fe-amor a los humanos. Amor mutuo: eso es la verdad. Comunión afectiva y efectiva abierta a todos los humanos: eso es iglesia. Un largo y hermoso camino se abre a los creyentes: itinerario de comunicación, reto humano, invitación cristiana. El Dios de los cristianos no está fuera, sino en la misma comunicación...No podemos buscarle en una trascendencia resguardada, sino en la misma acción comunicativa de amor entre los creyentes” (X.Pikaza, *Sistema, libertad, iglesia*, p.424). Generar alternativas de vida es únicamente posible en el marco de lo común, en el seno de la comunidad.

Conclusiones

Podemos sintetizar en unos pocos asertos lo que nos parece más sustancial de nuestra reflexión:

- La lectura de Romanos es una auténtica profesión de fe en la posibilidad de caminos nuevos en la historia. Por eso, se convierte en un acicate para quien no ha dejado de lado la utopía de la novedad de vida, para quien resiste los embates de la rutina y la vulgaridad.
- Este texto maneja en su fondo una mística positivizadora de la existencia. Además de creer en Jesús, cree en la persona, cree en la vida. Entiende esta existencia como un don, una posibilidad y una conquista, más allá de los evidentes precios históricos que haya que pagar.
- La certeza de que Jesús está dentro de la historia y que su entrega se activa en cada instante es el dinamismo que posibilita esta visión de la historia. Por eso, la muerte-resurrección de Jesús no es comprendida tanto como un hecho histórico, sino como una fuerza activadora de la historia.
- Las consecuencias de esta manera de experimentar la vida son decisivas, tanto para la persona como para el hecho social. Para la persona, porque puede ir dejando atrás lacras sempiternas como el temor, la culpa o el individualismo. Para el hecho social porque esta manera de entender la realidad genera comunión humana con todos los beneficios que eso comporta.

- Pablo es realista y propone el amor cotidiano, la entrega confiada y detallista al otro como test que habla de la correcta comprensión de este planteamiento espiritual. Si el amor fraterno en lo cotidiano no funciona, se puede pensar que todo esto no ha sido sino un montaje.

La carta a los Romanos sigue alimentando utopías, sueños, anhelos de vida. Se inscribe así en el cómputo de las místicas históricas que han hecho una apuesta real por la vida. La fe en Jesús se mezcla de esta manera a las raíces de la vida y las nutre.

BIBLIOGRAFÍA

AIZPURÚA, F., *To agapân allélous. Una lectura social de Jn 13,34-35*, en *Lumen*, 49 (2000) 297-345.

BARBAGLIO, G., *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*, Ed. Sígueme, Salamanca 1989.

BARTH, K., *Carta a los Romanos*, BAC 583, Madrid 1998.

McSWEENEY, "Siete demonios" que se han instalado en nuestra casa, en *Sal Terrae* 2008.

PIKAZA, X., *Sistema, libertad, Iglesia. Instituciones del Nuevo Testamento*, Ed. Trotta, Madrid 2001.

SÁBATO, E., *La resistencia*, Ed. Seix Barral, Barcelona 2000.

SOBRINO, J., *Espiritualidad del anti-imperialismo*, en <http://servicioskoinonia.org/relat/349.htm>.

TAUBES, J., *La teología política de Pablo*, Ed. Trotta, Madrid 2007.

TORRES QUEIRUGA, A., *Recuperar la creación. Por una religión humanizadora*, Ed. Sal Terrae, Santander 1997.

ID., *Fin del cristianismo premoderno. Retos hacia un nuevo horizonte*, Ed. Sal Terrae, Santander 2000.

ID., *Repensar la cristología*, Ed. VD, Estella 1996.

VERDÚ, V., *Inocentes*, en *El País* 28-12-96, p.62.

VIELHAUER, Ph., *Historia de la literatura cristiana primitiva*, Ed. Sígueme, Salamanca 2003.

WOUCK, H., *Este es mi Dios*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona 1979.

**Profesor Fidel Aizpurúa Donazar
Logroño**